

UN PAIS SE MUDA

PODRIAMOS decir que esta historia empezó hace catorce años. A principios de la década del sesenta, sin que nadie reparara en ello, algunos uruguayos empezaron a irse en busca de nuevos horizontes. Otras tierras ofrecían mejor campo para sus ambiciones, que no podía colmar una economía ya en declive.

Argentina y Brasil eran generalmente los elegidos. Hacia estos países, el uruguayo viajaba sin pasaporte ni serios desgarramientos, pues estaban allí al lado, a pocas horas de camino, a pocas monedas de costo. Las vacaciones de verano, las Navidades solían traerlos de vuelta por unos días. También los nacimientos inminentes. «Quiero que mi hijo sea uruguayo», decían. Y allí, en tierra oriental, nacía el niño, que quince días más tarde volvía con su madre, su valija de regalos y la partida de nacimiento uruguayo. Estos primeros emigrantes eran en su mayoría miembros de la clase media que simplemente aspiraban a una situación económica más gratificante. Cuando, tres o cuatro años más tarde, empezaron a emigrar obreros, era porque el fenómeno de la crisis había pasado a adquirir proporciones que afectaban a trabajadores de todos los sectores. Los obreros que entonces se fueron no buscaban simplemente mejorar una situación económica difícil, sino salir de un estado de ardua supervivencia.

Confesaba un obrero entrevistado a mediados de 1968 en Buenos Aires: «De lo primero que me privé fue de la ropa. La seguía usando hasta que se deshacía en hilachas. Después fue el fútbol. Pero el miedo me entró de verdad cuando me di cuenta de que lo único que se comía en mi casa era arroz y fideos, fideos y arroz».

—¿Cómo se decidió a irse?

—Durante cinco o seis meses tenía las ganas, pero no lo resolvía.

—¿Qué lo detenía?

—Lo que dicen de las ratas y los barcos que se hunden.

—Usted siente que el Uruguay se está hundiendo...

—¡Y qué le parece!

—¿Quiénes cree usted que son los que se van?

—Para irse no alcanza con estar muerto de hambre. Hay que animarse, y el que cae muy bajo en la miseria pierde el ánimo.

—¿Quiénes se vienen a Buenos Aires, además de obreros?

—Pequeños comerciantes, mujeres de la vida. Hay incluso muchas que vienen a Buenos Aires a hacerse el fin de semana y vuelven. De allá cada día se va más gente. Un día van a empezar a irse los juntapapeles, porque ni

papeles viejos van a tener las latas de basura.

Hasta ese momento seguían siendo Buenos Aires, Río, San Pablo y Porto Alegre los polos más atractivos para los uruguayos decididos a abandonar la patria. No obstante, la migración hacia tierras lejanas, a las que se viajaba con pasaporte y para siempre, ya había comenzado e iba cobrando un ritmo de día en día más acelerado. De 3.156 pasaportes expedidos en 1960, se pasó a 6.444 en 1967 y a 17.196 en 1968. Entre junio de 1968 y junio de 1973, obtuvieron pasaporte y dejaron el país 120.000 uruguayos, cuyas edades oscilaban entre los veinte y los cuarenta años.

No estábamos, sin embargo, todavía, en el Uruguay que se va-

ciente. Era la época del «Uruguay: Suiza de América», tiempo de moneda estable y una fuerte clase media, que imprimió al país su tónica ideológica de país sin luchas de clases, sin clases antagónicas. Lejos estaba del pensamiento de todos que aquella «Arcadia feliz» podía convertirse en esta comarca de desesperados.

Sin embargo, los gérmenes que transformaron al Uruguay de ayer en el de hoy, estaban ya latentes en su nacimiento. Decía el vizconde de Chateaubriand, a principios del siglo XIX, que «cuando las colonias españolas se independizaron de la metrópoli, pasaron a ser colonias inglesas». Y así era. Desde su transformación en Estado libre, este pequeño territorio se articuló como país dependiente del Reino

defensa de ciertos intereses económicos personales por encima de los vitales intereses económicos del país, fue lo que condujo al caos. A las 500 familias que poseen la tierra, les basta con un puñado de peones para mantener su renta de 80 millones de dólares anuales. No es extraño, entonces, que la mayor aspiración de un Gobierno que representa sus intereses sea la de convertir al país en una gran hacienda. Exportar hombres jóvenes es, en definitiva, exportar las tensiones que éstos provocan. Hasta ahora no ha habido un solo proyecto económico que permita al Uruguay retener a sus hombres.

Según datos oficiales, entre 1962 y 1966, 250 millones de dólares, que podían haber revitalizado la desfalleciente industria, volaron rumbo a seguros Bancos en Suiza y Estados Unidos. Los índices de inflación fueron —tomando en cada caso como punto de referencia el año anterior— 91 por ciento en 1972, 82 por 100 en 1973 y 18 por 100 en el primer mes de este año. En cuanto a los salarios, perdieron en los últimos tres años cerca del 40 por 100 de su poder adquisitivo.

Qué uruguayos se van

Obreros sin calificar y calificados, estudiantes, profesionales, técnicos en variadísimas materias, comerciantes e industriales pequeños y medianos.

Las agencias Latin y Ansa informaron, a comienzos de marzo, que el más importante hospital del país, el hospital de Clínicas, ha debido suspender tratamientos a enfermos renales por carecer de personal competente. Según el director, el doctor Villar, la supresión de la diálisis se debe a que el grupo de 27 enfermeras especializadas emigraron a Suiza en el correr del año 1973. Estas optaron por vivir en el extranjero a cambio de sueldos que quintuplicaban los que recibían en su patria. A principios de este año, los productores agrícola-ganaderos del litoral Oeste plantearon la necesidad de programar una fórmula que evitara la creciente emigración de los técnicos de esa zona hacia las provincias argentinas de Corrientes y Entre Ríos. La pregunta es: ¿quiénes van a sustituir a estos técnicos, cuya formación costó millones y millones al Estado? No este Gobierno, indudablemente, que con encomiable espíritu realista otorga a la enseñanza en 1974 sólo el 18 por 100 del presupuesto general de gastos, contra el 27 por



Al emigrar, los obreros no buscaban simplemente mejorar una situación económica difícil, sino salir de un estado de ardua supervivencia.

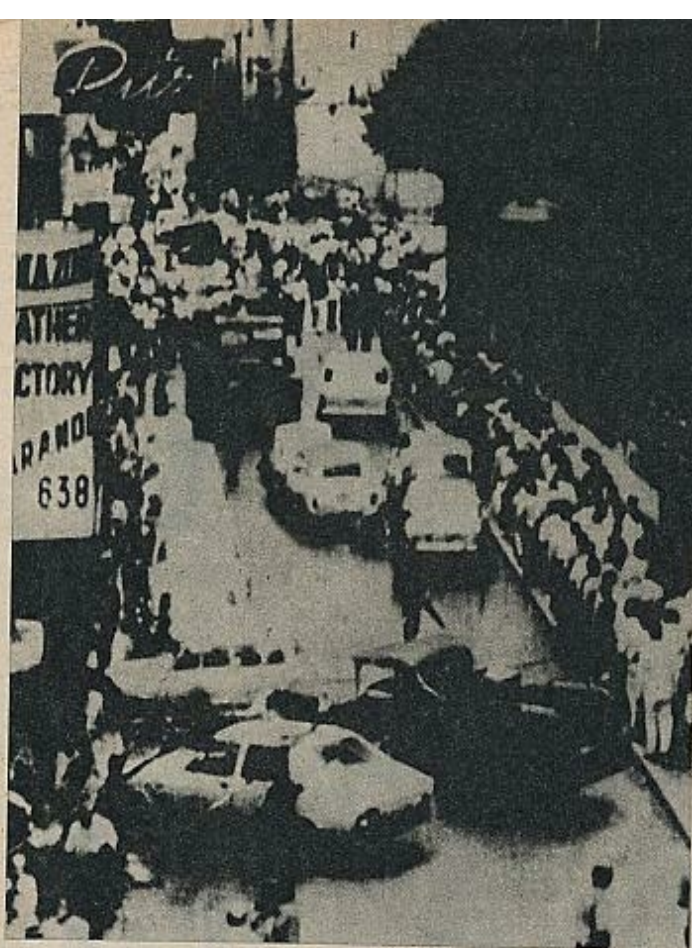
cía como un colador lleno de agua. El que parece tener como único destino posible transformarse en una gran hacienda donde pastan varios millones de vacas y ovejas asistidas por algunos miles de pastores.

De «Arcadia feliz» a comarca de desesperados

Colonizado por España, a partir de su independencia, en 1825, Uruguay recibió un verdadero aluvión de italianos, franceses y nuevos españoles. Esta corriente migratoria, que sólo se detuvo ciento veinticinco años más tarde, fue la que, a principios del siglo XX proveyó de mano de obra hábil a un proletariado na-

Unido, hasta la segunda guerra mundial y de los Estados Unidos luego. Esto significó que Uruguay tendría el perfil económico que estos países le impusieron. Así, produjo cueros, lanas, carne en friada o en pie en la medida en que sus sucesivas metrópolis lo requirieron. Las necesidades de sus compradores imprimieron los ritmos a los que bailó su economía. Pero mientras el oro entraba a paladas (primera guerra mundial, segunda guerra mundial, guerra de Corea), era difícil ver cómo esa situación de país monocultor le ataba las manos. Eso recién se hizo claro cuando, terminada la guerra de Corea, los productos uruguayos dejaron de ser esenciales para la economía de su metrópoli.

Esta situación en lo exterior, más una política que buscó la



Un grupo de marineros armados bloquea una calle de Montevideo durante la sublevación del Ejército y la Fuerza Aérea contra el Presidente Bordaberry, en febrero de 1973.

ciento en el anterior. Al mismo tiempo, Policía y Ejército reciben un tercio de los gastos del Estado. Lógica consecuencia de esto es que un maestro, que ganaba en 1960 como un capitán del Ejército, gana ahora lo mismo que un soldado raso.

Qué países eligen los uruguayos

Las autoridades argentinas estiman que desde 1972 hasta ahora entraron al país 320.000 uruguayos.

Sobre Brasil, segundo lugar elegido por los emigrantes, no hay datos.

A estos dos países siguen, en orden de preferencia: España, donde el uruguayo, además de su misma lengua, encuentra a menudo una parte de su familia; Canadá y Estados Unidos, bien conocidos por su alto nivel de vida; Israel, adonde los judíos legados entre los años treinta y los cincuenta suelen enviar a sus hijos, y Australia.

Parecen un misterio las razones que llevan a un uruguayo a elegir Australia. Poca cosa sabe un uruguayo medio acerca de este país. Si le preguntáramos, seguramente nos hablaría de su vinculación con Gran Bretaña, de la abundancia de eucaliptus y de los canguros. Pero si examinamos el fenómeno veremos que el uruguayo no eligió a Australia, sino que Australia lo eligió a él. Pagando-

le el viaje de ida, dándole vivienda apenas desembarca, enseñándole inglés a él y a toda su familia, proporcionándole colegio para sus niños. Eso sí, hay una condición a cambio, que se resume en la frase con que un funcionario australiano detuvo las pretensiones de mejorar de un arquitecto contratado para limpieza de oficinas: «Para pensar estamos nosotros».

El uruguayo que llega a Australia debe olvidarse de su formación universitaria, si la tiene. Los australianos no precisan cerebros, sino brazos.

* * *

El éxodo empezó hace más de diez años, y no tiene miras de detenerse. El diario conservador *El Día* se queja amargamente en reciente editorial: «La emigración uruguayo ha adquirido tal gravedad, que las 500.000 libretas para pasaportes impresas en 1971 se están terminando. Ya se han encargado 200.000 más a una empresa británica que ofrece buen papel y rapidez en la entrega».

Hasta hace unos años, la población de Uruguay se calculaba en dos millones setecientos mil habitantes. Teniendo en cuenta su bajísima tasa de natalidad (2,3 por 100), la frase que un humorista escribió en la pared del aeropuerto de Montevideo parece más trágica que graciosa: «El último que se vaya, que apague la luz». ■ MARIA ESTER GILIO.

Acabe con la caspa para siempre

ZP-11 de Revlon es la fórmula científicamente comprobada que, con uso regular, resuelve ese antiguo problema.

¿Y por qué ZP-11 consigue resultados espectaculares donde tantos productos fallan? Porque es mucho más activo. Porque contiene Zinc Pyrithione, el agente anti-caspa único que sigue actuando durante las 24 horas del día. El champú ZP-11, con su riquísima espuma, deja el cuero cabelludo perfectamente limpio. Con ZP-11 su pelo será más controlable y mucho más sano. Desde hoy, no diga "hasta luego" a la caspa. Dígame adiós para siempre. Con ZP-11.



Lo garantiza Revlon